



colecciónletrasnórdicas



LA ANTÁRTIDA DEL AMOR

Sara Stridsberg

Nørdicalibros
2023

Traducción de
Carmen Montes Cano

Título original: *Kärlekens Antarktis*

Agradecemos la ayuda de Swedish Arts Council
para la traducción de este libro

© Sara Stridsberg, 2018. Publicado por acuerdo con
Casanovas & Lynch Agencia Literaria

© De la traducción: Carmen Montes Cano

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 - C. P. 28044, Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2023

ISBN: 978-84-19320-73-5

Depósito Legal: M-11302-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CREACIÓN

Así que estábamos en el bosque. Había algo parecido a un atardecer, pero nada de sol, una luz de lluvia tirando a ocre que descendía sobre el paisaje. ¿Que si habría podido llamar a alguien? No, no habría podido, porque aunque hubiera habido a quien llamar, se habría agotado el tiempo. Ya solo quedaba la luz subacuática que descendía y esos árboles enormes y las gotas de lluvia gigantescas que caían de las ramas como lágrimas de unos seres grotescamente grandes y solo estábamos nosotros, él y yo, y la sensación de ser los únicos que quedábamos en el mundo era tan intensa que ninguna realidad habría podido cambiarla, ni los coches con los que nos cruzábamos por la carretera ni las cabinas iluminadas que veíamos al pasar ni el sonido de la radio donde alguien murmuraba con voz suave y ronroneante, sonaba como una misa. Los sonidos creaban imágenes de cromos diminutos que resonaban dentro de mí. Allí estaba la Virgen María con ese ángel peligroso y grande, allí estaba María con el niño gordezuelo revoloteando alrededor de su pecho en todos los cuadros, desprovisto de alas y, aun así, ajeno a la gravitación terrenal. Y allí estaba ella sola al final, sin su hijo, cuando él ya había dejado de existir en la Tierra.

Yo estaba tumbada en el suelo del bosque y miraba las oscuras raíces de los árboles que penetraban muy despacio en las aguas del lago y era tal la calma que incluso los movimientos más despaciosos se hacían visibles, las copas de los árboles que se movían en *slow motion* allá arriba, los insectos que se arrastraban por la cara inferior de cada flor y las gotas de agua que se soltaban de las ramas de los árboles y se quebraban y se lanzaban a cámara lenta hacia el suelo, perlas de espejo de agua en miniatura que surcaban el

aire en un movimiento de una lentitud infinita, y ahora hacía frío, orina y sangre y heces me corrían por las piernas. Pensé que los árboles colgaban entre el hombre y Dios, que estiraban las copas hacia el cielo y que las raíces se aferraban como garras de dragón al fondo de la tierra, donde vivían los muertos, donde yo también me encontraría muy pronto.

Ya era demasiado tarde para pedir ayuda, demasiado tarde para plegarias, el tiempo se había acabado irremisiblemente. Él dijo:

—Ponte de rodillas. —Y yo me puse de rodillas en la hierba negra—. Ahora voy a vendarte los ojos. Así será más sencillo —dijo.

—Qué bien —dije yo, preguntándome para quién de los dos sería más sencillo.

—Ahora te voy a estrangular y después ya no podrás decir nada más.

—Venga —le dije—. De todos modos, no tengo nada que decir.

Y ahora ha empezado a cortar lo que queda de mi cuerpo en siete partes y va guardando los restos en dos maletas blancas. La cabeza la arroja en ese agujero de los residuos cuya superficie tiene el mismo color rosa que el vómito. No está lejos del lago, un sendero a través del bosque, lo ha preparado todo con un viejo mapa de orientación. Se queda allí un rato contemplando la densa superficie burbujeante de desechos antes de soltarla en el fango. Por la superficie vuelan en zigzag moscas verdes y negras y relucientes libélulas, y mi cabeza se hunde despacio hasta el fondo, no está muy profundo, solo un metro más o menos. El pelo oscuro se extiende como un paracaídas por encima de la cabeza mientras esta se encuentra en movimiento, y nadie la encontrará jamás porque los ácidos la corroerán enseguida. Esa imagen acude a mí una y otra vez, el pelo en el agua, cómo asciende cuando la cabeza da en el fondo, antes de posarse de nuevo.

¿Y después? Vuelve por el sendero. El sol se está poniendo al otro lado del lago. Una lluvia apacible que cae sobre el bosque. A mí siempre me ha gustado la lluvia. Siempre, qué poco duró. Qué poco duró la vida.

Pienso que voy a dejar vuestro mundo en paz, pero, de pronto, ahí estoy, mirando otra vez a hurtadillas. Es muy bonito a distancia, la frágil atmósfera azul que flota alrededor de vuestro planeta, un tanto estropeada pero ahí sigue todavía. Bajo las nubes que se mueven despacio sobre ella y que son vuestro cielo y los desnudos árboles otoñales que se estiran en busca de la luz del sol, y aún más abajo está el agua negra que discurre entrando en Estocolmo desde el mar, brilla oscura y oleosa entre las islas, meras hojas de otoño que se adhieren a la superficie. Un mundo tan inmóvil como una antigua pintura al óleo del Museo Nacional. Solo cuando nos acercamos vemos que hay movimiento allá abajo, los aviones y los pájaros fijos en su cielo; las personas, en su tierra; los gusanos, que se arrastran por las plantas y los ojos de los muertos.

Trato de concentrarme en lo que no duele. Un niño que baja por una calle con un globo en la mano y no puede dejar de mirar arriba todo el rato, porque es maravilloso, miro los conejos que juegan por las noches en el césped que se extiende ante los grandes hospitales, miro mucho la luz, cómo cambia igual que la luz de un caleidoscopio. Me reporta cierto consuelo. A veces miro cuando dos personas se aman, seguro que es una indiscreción, pero nadie se da cuenta de que estoy ahí y me parece muy bonito cuando se aferran el uno al otro. Miro a menudo en las salas de los hospitales cuando un niño sale veloz de la eternidad y aterriza junto al pecho de su madre, me gusta muchísimo ese instante en el que todo está aún íntegro entre una madre y un hijo. Hace un instante he visto a un jovencito pararse al alba para ayudar a una mujer mayor que se había desplomado borracha en los

jardines de Björn. Se colgó con los brazos del cuello del chico, como una criatura dormida, mientras él la levantaba del suelo. Antes de irse de allí compartieron un cigarro y se rieron de algo que no pude oír. Pero vi cómo una luz tenue sustituía el pavor de esa mirada rota azul sin brillo, vi que su vieja alma raída se iluminaba con un destello con el primer sol. Me cuidó mucho de observar demasiado la maldad. Yo ya he visto la maldad.

Llega el día en que somos indiferentes a lo que pasa en la tierra, y yo también llegaré a serlo. Pero esas cosas llevan su tiempo, y son muchas las voces que no han callado aún. Un parloteo lejano de catedráticos y criminólogos y detectives privados y periodistas. Dicen que morimos tres veces. Mi primera vez fue cuando el corazón dejó de latirme bajo sus manos en el lago del bosque, la segunda vez, cuando enterraron lo que quedaba de mí en presencia de Ivan y Raksha, en la iglesia de Bromma. La tercera vez será la última vez que alguien ponga mi nombre en la tierra. Y ahora estoy esperando que eso ocurra. Deseo que las voces callen pronto. No me gusta oír mi nombre, noto un hormigueo como de insectos allí donde un día tuve el corazón.

Si contara quién fue el que lo hizo, ¿callarían entonces las voces? Lo dudo y, de todos modos, nadie me creería. Es muy difícil distinguir lo luminoso de la oscuridad, y más difícil aún cuando estás sola y el tiempo ya no existe y el espacio ha desaparecido. Así que dedico bastante esfuerzo a comprender la diferencia, siempre he mezclado amor y locura, cielo y muerte. Por ejemplo durante mucho tiempo creí que las drogas procedían de poderes superiores como sustitutas de mi hermano pequeño. Ya he dejado de creerlo. Mi hermano y yo éramos una falsa pista. Eskil fue al río cuando éramos niños y no volvió y mucho después yo entré en la gran noche para buscarlo. Aunque a veces pienso que solo entré en la oscuridad porque no tenía otro sitio adonde ir. Tal vez sabía que nunca encontraría a Eskil allí, en aquellas noches laberínticas infinitas, pero no importaba, ese otro mundo ya estaba

cerrado para mí. Como sea, aquí termina nuestra línea familiar. Claro que esto último no es del todo cierto, nuestra familia sigue con Valle y Solveig, aunque ellos mismos no sepan de dónde vienen. A veces veo en ellos dos los rasgos de Raksha, como un matiz raudo en el agua se muestra ella en sus rostros.

Es curioso lo mucho que fantaseo sobre Solveig, si en realidad no la conozco ni la he conocido nunca, lo único que tengo son aquellas dos horas en el hospital materno, cuando no era más que un bulto cálido entre mis brazos. Sin embargo, es más fácil pensar en ella que en Valle, puesto que a ella nunca le hice ningún daño, la protegí procurando que nunca tuviera que estar conmigo. Por Solveig hice lo único que podía hacer, aunque Shane nunca pudo perdonármelo.

Estábamos en el bosque. Unas ramas negras surcaban el cielo que nos cubría, yo pensaba que eran rasgaduras sombrías hechas por el rayo que conducían a otro mundo, y que a ese mundo me estaban transportando ahora.

—Aquí me tienes, Dios —susurré—. Ayúdame, Dios, quienquiera que seas.

En el bosque en el que ahora estábamos solo se oía el ruido del goteo del agua, por todas partes corría el agua, del lago, del cielo, de las copas de los árboles. Yo tenía aquella sensación leve, vibrante, de estar observándolo todo desde arriba, como si me encontrara suspendida en alto en el aire como un ángel tembloroso. Todas las leyes de la visión se habían roto, meros fragmentos de imágenes quebradas a través de las cuales yo observaba el mundo: su espalda en una chaqueta cortavientos de color claro y la parte trasera de una cabeza enorme, unas manos cubiertas de pecas pálidas que apretaban la garganta de una muchacha en la hierba. Miré a la muchacha y vi que descansaba allí sobre la oscura membrana de la tierra, parecía que el suelo fuera a tragárselo a él y a ella también mientras se aferraba a su cuello como un escarabajo gigante.

—Yo solo quiero estar cerca de ti —le susurró él. Lo oí, aunque estaba flotando unos metros por encima. Yo no estaba muerta todavía, pero ya flotaba. Después desapareció la audición. Fue un alivio, ahora ya nos movíamos en un mundo totalmente silencioso. Sin el oído era más fácil ver, era como si el mundo se aclarase y los colores se intensificaran. Pensé que el mundo quizá se hubiera llenado de agua porque ahora todo iba muy despacio, el tiempo se ralentizaba, los dioses contenían la respiración.

De las copas de los árboles y de las flores salían volando imágenes infernales, imágenes que trataban todas de mí. Yo no las quería. Cintas de película mugrientas que se iluminaban rápidamente antes de apagarse, caían de los árboles como atrapamoscas ardiendo y yo cerraba los ojos, pero las imágenes salían disparadas hasta mi interior como desde un proyector, y toda yo me iluminaba con ellas. Ahí estaba sentada con Valle en mi regazo y mirándolo. Allí venía Nanna con la bicicleta pedaleando bajo la primera nevada antes de que la película se partiera y el bosque apareciera de nuevo. Y ahora el hombre penetraba a la muchacha que estaba tendida en el suelo, que era yo, en el oscuro agujero que tenía entre las piernas, con las manos entrelazadas como un corsé alrededor del cuello. Una tormenta silbaba dentro de mí, tal vez por eso era tal el silencio a mi alrededor. Vi una mariposa solitaria que aleteaba ondulante entre la hierba negra junto a la muchacha y el hombre, tenía que tratarse de una mariposa de nieve, porque era blanca, si es que existía algo llamado mariposa de nieve, ¿no? ¿Existían las mariposas? ¿Seguía existiendo el mundo?

Sí, el mundo existía aún. Existía una serie de vértebras cervicales, existían grandes perlas angulosas que formaban una espina dorsal que una vez fue mía y que ahora estaba rota. Existían tendones, que se desgarraban. Existía mi garganta, a través de la cual aún pasaba el aire adentro y afuera, ya usado salía de los pulmones de él y entraba en los míos, una mezcla de dióxido de carbono y calor y sed de sangre. Y esos pulmones que fueron míos se encharcaron de sangre negra. Existía un cuerpo, encima de mí, y pesaba tanto que resultaba inhumano, pero era humano, así era como eran los seres humanos, y ese cuerpo me presionaba contra la tierra y pronto yo también sería tierra, oscura y fría y llena de gusanos arrastrándose. Habría deseado que algo me mantuviera pegada a la tierra, un peso, una cuerda tensa alrededor de las muñecas y los tobillos, que algo me retuviera por fin y me detuviera.

Pero aquello no era lo que yo deseaba. No este bosque y este cazador. O a lo mejor era eso exactamente lo que siempre esperé. Quizá siempre añoré una salida del mundo, esa ventanilla negra que se abre de pronto y se lo traga a uno.

Vi una nube chocar contra la copa de un árbol y deshacerse en pedazos, vi la pupila de un ojo que temblaba como la aguja de una brújula. Vi junto al río el arbolito que Raksha había plantado cuando nació, debió de caer durante la tormenta, porque ahora colgaba boca abajo entre cielo y tierra. Lo veía crecer con las ramas hacia abajo en la tierra negra, mientras las raíces se extendían en busca de la luz del cielo. Las ramas que se aferraban al interior de la tierra parecían las venas de una placenta o las arterias que inunda un fluido oscuro y mortal. Vi a Valle ante mí. Iba gateando solo por la plaza de Sergel vestido únicamente con un pañal y muy alto encima de él volaba en círculos un ave de rapiña que esperaba a que el lugar quedara vacío de gente. Y me vi a mí misma sentada a una mesa del Burger King esperando a un *dealer* mientras el pájaro enorme se precipitaba desde el cielo y se llevaba a mi hijo en volandas entre sus garras.

Y cuando el aire volvió de pronto, caí de nuevo sobre la tierra, hasta el ángulo del suelo reptante, y entonces vi el mundo desde abajo, vi el cielo que discurría de un punto de apoyo al siguiente y la luz que atravesaba las copas de los árboles formando estrías doradas. Él había aflojado por un momento y el mundo volvió con su luz rota intermitente, las mariposas y los dientes de león quemados, y entonces sacó el cuchillo, lanzaba destellos en la mano como un espejito. Un cuchillo de carnicero o un cuchillo de cazador, y seguro que si me arrodillaba y me ponía a rezar solamente me respondería el Diablo. Y justo antes de la muerte, cuando el pánico y el dolor son demasiado fuertes, se aturde la presa capturada. Así es con los animales y así es con las personas. Cuando ya es demasiado tarde y absurdo tratar de defenderse el pánico y la desesperación

se transforman en un suave líquido anestésico que se difunde por las venas como una niebla.

Así fue también al principio con las drogas. Algo pasaba cuando ese líquido marrón burbujeante discurría por las venas, algo que se parecía a ese último instante fatal en sus manos, cuando todo se calmó de pronto y yo dejé de oponer resistencia. Con el líquido encantado discurriendo dentro de mí desaparecía esa sensación de ser inferior e indigna, de ser solamente un insecto dañino que había que exterminar. Porque cuando no hay esperanza en este mundo adormecemos el cuerpo y el pánico desaparece, y es como si nunca hubiera existido ese pánico que nos acosa noche y día, y flotamos como un trozo de cielo justo antes de la muerte.

Porque aunque yo era muy joven y estaba totalmente al principio de la historia, tenía todo el tiempo la intensa sensación de encontrarme ante un final, justo delante de una pendiente por la que estaba a punto de caer deslizándome. Incompetente, indefensa, débil, inútil, un ejemplar defectuoso entre la gran masa de las muchachas de los años cincuenta que el mundo no necesitaba en realidad, que un día desaparecerían sin dejar rastro sin que nadie las echara de menos.

Íbamos bosque a través y el último tramo del camino era estrecho y pedregoso y cuando el bosque se abrió al final había allí un lago que se extendía como un espejo reluciente en medio del paisaje. ¿Pensé quizá que aquella era mi tumba, que iba a morir en el agua?

Y la lluvia caía sobre los árboles, y los árboles llevaban allí cien años o más, y su mundo era lento y mudo, veían todo lo que sucedía en el mundo de los hombres, pero no podían intervenir. Si yo hubiera pedido que me permitiera parar a hacer una última llamada en la cabina telefónica que había justo antes de que llegáramos al lago plateado, entonces me habría visto allí entre los cristales empañados de vaho con el auricular enorme de color negro en la mano y con la respiración entrecortada y rasposa y con un montón de mocos y saliva y con lágrimas goteando de la nariz y de la boca y con el miedo como una garra fría agarrándome la columna vertebral, y si las señales de pronto hubieran cesado y Raksha hubiera cogido el auricular en la calle Svartviksvägen, aún a tan solo unos kilómetros de allí según el plano y en la realidad como si hubiera un mundo entero entre las dos, seguramente yo habría soltado el auricular sin más y lo habría dejado colgando con su voz llamándome a través de él. Porque, ¿qué iba a decirle? «Mamá, mamá, no sé dónde estoy».

Hace mucho, cuando aún era niña y llamaba a Raksha desde la cabina que hay delante de la iglesia junto al río y apretaba en la mano el auricular negro, como si dentro de él estuviera la vida misma, sentía que no sería capaz de volver a respirar nunca más si no oía su voz. Los latidos de Raksha estaban en ese auricular y solo allí. Ella se había marchado a Estocolmo e Ivan se hundía

cada vez más en su soledad sentando en el sillón de la cocina y lo único que yo tenía era su voz tal como vivía en las líneas telefónicas que discurrían bajo tierra a lo largo de todo el camino desde Estocolmo, donde ella se arrastraba sola en un vagón de metro a muchos metros por debajo de la ciudad en la que ella y yo viviríamos más adelante sin Ivan. Pero esta vez era demasiado tarde, esta vez no había salida. Las gotas de lluvia que corrían por los cristales de las ventanillas eran tan grandes como escupitajos y se deslizaban con una lentitud contra natura por el cristal estriado antes de estrellarse en el suelo y deshacerse.

El verano era aquella enorme habitación cerrada y los árboles eran muy grandes y fantásticos, muy prehistóricos con las copas cargadas de lluvia. En el coche estaba él sentado totalmente inmóvil, como si escuchara en su interior una voz que se impusiera a la música de la radio, y no se imaginaba que yo fuera a echar a correr en dirección al bosque y que desaparecería, y los faros proyectaban su luz sobre el mundo de lluvia que nos rodeaba y la bruma que avanzaba arrastrándose lo engullía todo salvo a nosotros dos: la ciudad, las personas y el futuro que ya no tenía nada que ver conmigo. Él apagó la radio y los movimientos despaciosos del limpiaparabrisas eran lo único que se oía y el sonido cálido del motor y en algunos puntos el cielo estaba tan bajo que parecía que las copas de los árboles desaparecieran entre las nubes. Mucho tiempo atrás habría intentado extender los brazos y tocar a Eskil en el cielo.

Y aún habría podido salir corriendo, *corre, corazón mío, corre*, como un animal al interior del bosque, eso aún era posible, un sol débil espejeaba entre los árboles cargados de lluvia. Él abrió la puerta del coche y me observó, y cuando dirigió la mirada al bosque la tenía insondable. Yo habría podido perderme entre los árboles si hubiera echado a correr en ese momento. Pero la cuestión es que de todos modos no tenía adónde ir, el bosque se terminaría y yo me quedaría allí de pie a la orilla del camino y

él vendría con el coche otra vez y me recogería y me traería de vuelta aquí, al filo del lago y del agujero de los residuos. Así que me quedé sentada en el coche, que relucía blanco a la débil luz ocre que las grandes lluvias estivales proyectaban sobre el paisaje.

—Ven —me dijo.

Y aunque el tiempo ya se había agotado y aunque hubiera habido alguien a quien llamar, a Raksha o a Shane o a un ángel, yo no habría tenido nada que decir de todos modos. Porque, ¿qué iba a decir yo ahora que no hubiera conseguido decir antes? Quizá por eso me encontraba ya al final, tan pronto, demasiado pronto, en este camino embarrado en la linde de un bosque desconocido, porque me faltaban palabras para aquella que era yo y para aquello de lo que procedía. Mi interior estaba en silencio, mudo, solo un cielo desnudo desprotegido arriba y debajo la gravedad implacable de la tierra que tiraba de mí.

—Mamá, mamá, no sé dónde estoy.
—¿Eres tú?
—Sí, creo que soy yo.
—¿Dónde estás?
—En el bosque.
—Tienes que decirme dónde estás, para que pueda ayudarte.
—Pues es que no puedo.
—¿Por qué no?
—Es que no sé dónde estoy, ya te lo he dicho.
—¿Qué ves a tu alrededor?
—Lluvia y enormes árboles oscuros. Árboles prehistóricos.
Un lago algo más allá. Y pájaros que chillan. Ningún letrero...
—Ahora no puedes colgar.
—Ya pero es que yo solo quería oír tu voz. Era lo único
que quería.

Unas semanas después me encontraron. Fue una mujer que había salido al amanecer a pasear al perro. En la playa, al pie del palacio de Haga, había una maleta blanca que contenía partes de mí. Más adelante, ese verano, encontraron otra maleta en una roca de Hägersten, muy cerca de la autovía. Llevaron el contenido a un depósito de cadáveres y aquello era lo que quedaba de mí. Una pelvis con los genitales y el útero extirpados. Dos brazos, un fémur, una pantorrilla y los pechos, pero sin cabeza. Y como faltaba la cabeza, no pudieron establecer la causa de mi muerte, es decir, no podían descartar que me hubiera matado una manzana como a Blancanieves o que me hubiera ahogado el cuello de mi camisa.

Al principio nadie me echó de menos. Valle y Solveig eran demasiado pequeños y estaban demasiado lejos, colocados en algún lugar del mapa de Suecia. Shane había desaparecido y el que yo no me presentara cuando debía en la Institución no era nada infrecuente. Así era siempre, yo iba y venía y a veces me metía bajo tierra y pasaba varios meses desaparecida. Eso fue lo que creyó Ivan durante mucho tiempo, que estaría en algún lugar de debajo de la ciudad, en el sistema de túneles del metro o en los conductos subterráneos que discurrían bajo alguno de los grandes manicomios. Ivan siempre ha tenido sus propias teorías, y al final de aquel primer verano empezó a buscarme. Que yo me encontrara en aquellas maletas, eso no se lo creyó nunca.

Yo habría podido contarle a la policía cómo iba a terminar la cosa ya desde el principio. Debería haberles dicho enseguida que no tenía ningún sentido llamar a nadie a interrogatorio, que el culpable

lo negaría todo, siempre hacen lo mismo, habría podido contarles que él dirá que no me ha visto nunca, que nunca acudió a la calle solitaria que cruza como una herida la colina de Brunkebergsåsen. Los culpables niegan la muerte con tal fuerza que al final ellos mismos se lo creen. Y mi vida ha dejado de ser un asunto jurídico, ha prescrito hace mucho. ¿Qué clase de asunto soy ahora? Ninguno, seguramente. Me morí, nada más.

Nos encontrábamos a orillas de un lago en un bosque ancestral en algún sitio de las afueras de la ciudad. Me fui con él como acostumbraba a irme con la gente. Porque necesitaba el dinero, porque tenía un cometido, duraba día y noche, fuera de ese cometido no había nada. «Para ser libre», como diría Nanna. «Para castigarme a mí misma», como decían quienes creían que sabían. ¿Por qué tenía que recibir ningún castigo? Eso nunca lo decían. Lo seguí como un perro.

En otro tiempo quizá algún rasgo suyo me habría impulsado a dar marcha atrás ya en la calle de Herkulesgatan y cerrar la puerta del coche y largarme de allí. En otro tiempo, tal vez le habría dicho a Nanna y a las demás que se guardaran de él, pero ese tiempo estaba ya tan lejos como Nanna. Porque claro que aprende una a interpretar las señales de la calle, es puro instinto, pero al final no tienes fuerzas para preocuparte por ellas. Como el cielo, que se abría de pronto sobre Brunkebergsåsen y dejaba entrar una luz demasiado fuerte, violeta amarillento y aciaga, como el pájaro blanco que chillaba desde el tejado del edificio de Bankpalatset, a trompetazos fuertes y estridentes, y la música de ritmo cabeceante que se oía en la radio del coche. Él dijo que era Mozart, pero sonaba como la muerte. El silencio lo rodeaba como un humo frío, ese vapor marino que asciende de las aguas al amanecer, ahora sé que es el mismo silencio que rodea una tumba.

Había quedado con él en Herkulesgatan. Aún tenía la pulsera del hospital y el pantalón de chándal que me habían dado allí, llevaba la boa de zorro y un par de zapatos rojos. Era evidente que aún seguía en el mundo, pero yo tenía la sensación de que

estaba muerta. Había rozado el reino de los muertos tantas veces que había dejado de tenerle miedo y por alguna razón me habían devuelto al mundo una vez más. Apareció de entre las sombras.

—Ven —me dijo.

Nos fuimos fuera de la ciudad. Cuando me volví a mirar por la ventanilla trasera, la carretera que íbamos dejando atrás era una nada que se hundía fangosa y putrefacta, en cuyo abismo se precipitaban las casas.